

III. LA CULTURA POLÍTICA Y LA PRODUCCIÓN DE SENTIDO. EL MITO COMO MECANISMO PARADIGMÁTICO EN LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES

INCLUYENDO el anarquismo, las corrientes políticas, en su dimensión más general, aparecen como propuestas de construcción de un orden social que intenta demostrarse como el mejor posible.¹⁹ A través del discurso, que es uno de sus recursos fundamentales, la ideología produce imágenes de lo deseable; señala los obstáculos que hay que superar y los adversarios a los que hay que vencer para conseguir las metas planteadas; procura ofrecer seguridades y garantías a los que comparten un ideal específico; apelando a la afectividad y a las pasiones, cohesiona voluntades y afirma, legitimándolas, determinadas jerarquías y liderazgos; descalifica

¹⁹ Cfr. Norbert Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Siglo XXI-CIS, Madrid, España, 1986.

lo ajeno y enaltece lo que se considera como propio. En suma, intenta proporcionar los elementos suficientes para que los sujetos cubran sus requerimientos y demandas primordiales, los cuales, evidentemente, adquieren una forma histórica concreta y peculiar en lugares y circunstancias distintas.

Un aspecto que se subraya desde este enfoque es que la vida política no puede desarrollarse sin racionalizaciones, esto es, sin que se justifiquen las metas propuestas mediante discursos legitimadores, tema que nos devuelve, una vez más, a la cuestión del “sentido”, producido siempre por determinados lenguajes.²⁰

²⁰ Véase Pierre Ansart, *Ideología, conflictos y poder*, Premia Editorial, México, 1983, pp. 17-36. Esta perspectiva parte de reconocer el potencial creativo del lenguaje, que no es sólo instrumento de comunicación sino que tiene una capacidad indiscutible para “construir” realidades. Esta capacidad produce, entre otros, efectos políticos, ya que es a través del lenguaje que se edifican los principales referentes de la acción política, como son la caracterización del adversario y los motivos del conflicto o la cooperación, de los instrumentos y recursos que es válido utilizar en política, así como la definición de las metas a alcanzar. La constitución de los sujetos a través del lenguaje ubica a éste en el corazón de la actividad social, reconociendo lo que Lévi-Strauss llamó con justeza la eficacia simbólica. Claude Lévi-Strauss, “La eficacia simbólica”, en *Antropología estructural*, Paidós, Barcelona, 1987, pp. 211-218.

Por otra parte, se puede afirmar que los marcos discursivos otorgan orientación e inteligibilidad a las acciones políticas de los sujetos, siguiendo fundamentalmente los paradigmas del acuerdo o del conflicto.²¹ De esta manera, los sujetos políticos se articulan y movilizan a partir de “explicaciones” que fundan certezas subjetivas basadas, en última instancia, en la asimilación de seguridades en torno a la relación incuestionable entre un cierto pasado, el presente y el futuro necesario e ineludible de las comunidades.

Resulta interesante observar la manera en que históricamente las ofertas discursivas compiten incesantemente por socializar sus respectivas propuestas de organización social, induciendo comportamientos adecuados a sus finalidades. Ansart ha enfatizado en los siguientes términos lo determinante y crucial que para la política resulta la acción de la ideología: “acontece como si la vida política no pudiese desarrollarse sin racionalizaciones, sin que sus objetivos se comenten y justifiquen, sin que los poderes políticos dejen de ser el objeto de un discurso de legitimación [...] la pro-

²¹ N. Bobbio y M. Bovero, *Origen y fundamentos del poder político*, Grijalbo, México, 1986.

ducción ideológica no cesa de acompañar la totalidad de tareas, tentativas y decisiones”.²²

El *sentido* del que se trata es aquel que funda certezas subjetivas basadas en esquemas que ordenan la realidad, así sea de manera extremadamente maniquea. Como lo señala el propio Ansart, “nada indica, *a priori*, una relación entre el grado de racionalismo y el de eficacia. No es imposible que, en una situación histórica concreta y para un grupo particular, la eficacia de un tipo de discurso sea precisamente proporcional a su simpleza”.²³

Aquí aparece con toda su fuerza una determinación causal que no fue suficientemente valorada por el enfoque clásico de la cultura política, a pesar de su íntima relación con lo que en éste mismo se denominó como el “nivel afectivo” de la misma, contrapuesto a la dimensión cognoscitiva-racional. Las implicaciones políticas de la puesta en acto de esta determinación se dejan ver con claridad en los efectos que producen los mitos políticos²⁴ en las formas de convivencia social y de procesamiento del conflicto.

²² Pierre Ansart, *op. cit.*, 1983, p. 9.

²³ *Ibid.*, p. 13.

²⁴ Por mito entenderemos una organización discursiva que da cuerpo a una concepción del mundo perfectamente articulada y orientada. El

De hecho, la continua y contradictoria presencia del mito a lo largo de la historia nos habla de una potencialidad política imposible de ser desconocida y que merece ser analizada con mayor detenimiento.

Ciertamente, hacia fines del siglo XX, ni siquiera la llamada modernidad occidental ha logrado desembarazarse por completo del fenómeno mítico. Tanto en los centros de decisión de los países industrializados de Occidente, en no pocos liderazgos musulmanes e incluso en diversos movimientos sociales de América Latina y

mito se expresa así como una creencia absoluta que torna inteligible para el sujeto los más diversos aspectos de su existencia y de su relación con el mundo. Lo que se produce en el mito no es entonces un conocimiento sino una certeza. Aunque dé respuestas a cuestiones tan distintas como el origen y el destino de los pueblos, las diferencias sociales y la distribución del poder, el nacimiento y la muerte, la relación hombre-naturaleza, etcétera, lo hace no a partir de un interés cognoscitivo, sino buscando una garantía existencial, por lo que el deseo, como han subrayado la antropología y el psicoanálisis, juega aquí un papel relevante. Como señala Gerard Mairet, “el mito se vuelve orgánico, cobra fuerza dictando conductas, imponiendo creencias, revelando certidumbres [...] El mito estructura las representaciones, da consistencia a las doctrinas”. Véase Gerard Mairet, “La ideología de Occidente: significación de un mito orgánico”, en *Historia de las ideologías*, t. II, Premia Editora, México, 1981, pp. 12-13.

Europa, la cultura política se reviste constantemente —por supuesto con importantes diferencias de grado— de elementos míticos. Por su carácter paradigmático en el plano de la *producción de sentido*, conviene conocer de cerca la lógica del mecanismo mítico.

La variedad de circunstancias en las que surge la discursividad mítica y los fines distintos que se propone como objetivo de lucha, así como la extensa gama de organizaciones que se constituyen alrededor de ella, dan cuenta de la densidad de una estructura simbólica que no puede ser identificada sin más con el atraso o la premodernidad de determinadas culturas políticas.

Conviene recordar que lo que distingue al mito de otras formas ideológicas es la amplitud de un mecanismo susceptible de ser detectada en argumentaciones, consignas, discursos y relaciones de poder presentes en los más diversos movimientos y organizaciones sociales y políticas. Como hemos señalado, el mito tiende a producir un universo simbólico en el que no hay lugar para la incertidumbre, la duda o la equivocación. Su fuerza radica precisamente en presentarse como un conjunto de verdades que le otorgan un sentido inmanente e indiscutible al comportamiento de los indivi-

duos. Como afirma Marcel Griaule, citado por Pierre Ansart, “el mito es ese discurso universal, donde todo, hasta el desorden, está comprendido”.²⁵

La producción de sentido asociada al mito genera una confianza en el sujeto con respecto a lo que considera su saber sobre el mundo. Poco importa que el contenido de este saber no sea demostrable ni verificable. Para la economía subjetiva lo principal estriba en no sentirse perturbada por el sentimiento de ignorancia. De aquí que el mito sea tanto más eficaz en cuanto menos resquicios deja en su esquema explicativo.

La acción del mito es, pues, radicalmente productiva: asigna identidades, distribuye lugares, localiza enemigos, cohesiona en función de un objetivo. En el nivel de la política, nos dice Pierre Ansart, esto se constata claramente:

Debe repararse con atención en que, a ejemplo de los mitos, la ideología exige, en efecto, una imagen de las distribuciones sociales, de las igualdades y desigualdades, y proporciona un verdadero saber en lo que concierne al sistema social. La concepción superficial, que no atribuye a las ideologías más que efectos de ocultación, induce el riesgo de hacer olvidar todo el

²⁵ Pierre Ansart, *op. cit.*, p. 18.

contenido de explicación y designación explícito que comporta un sistema coherente de representaciones políticas.²⁶

Hay que subrayar que la inmanencia con la que opera el mito, su total imbricación con las prácticas sociales, genera en los individuos una sensación de seguridad tal con respecto al sentido de la acción, que su actitud frente a otras creencias, valores y proyectos, es decir, frente a concepciones del mundo diferentes deviene fácilmente en intolerancia.

La intensidad y beligerancia extremas que pueden observarse en gran cantidad de movimientos inspirados por concepciones míticas, se explica, cuando menos en parte, por el hecho de que lo que se defiende no es solamente un ideal o una posición entre otras, sino una condición existencial en el sentido pleno de la expresión. Lo producido por el mito es una identidad férrea, que busca preservarse por todos los medios posibles sobre el supuesto de que las visiones e identidades alternativas se encuentran en una relación de exterioridad radical, dando cuerpo a un antagonismo que no puede ser mediado ni conciliado.

²⁶ *Ibid.*, p. 32.

Naturalmente, en las culturas políticas con alto contenido mítico se tiende a realizar una interpretación moralista del conflicto vía su simplificación. Formalmente, se delinea una polarización entre lo propio y lo ajeno, lo conocido y lo extraño, lo sagrado y lo impuro, insistiendo en lo crucial que resulta la cohesión en torno a la causa para la supervivencia de la comunidad. La unificación que emana de la discursividad mítica es, por esto, esencialmente incompatible con la heterogeneidad de criterios y con la pluralidad de posiciones.

Debe insistirse en que el conflicto establecido dentro de los parámetros míticos bloquea generalmente las posibilidades de negociación con el adversario, elemento clave en la cultura democrática. El perfil de la política se dibuja así sobre el fondo de la lucha absoluta entre amigo y enemigo para decirlo en los términos de Carl Schmitt.²⁷ En tal contexto, sólo es factible hablar de una victoria efectiva cuando el oponente ha sido totalmente eliminado.

²⁷ “La específica distinción política a la cual es posible referir las acciones y los motivos políticos es la distinción de amigo y enemigo [...] los conceptos de amigo, enemigo y lucha adquieren su significado real por el hecho de que se refieren de modo específico a la posibili-

En tal sentido, y desde la perspectiva de la cultura política, cabe apuntar que la creencia mítica tiende a impedir el desarrollo de relaciones políticas basadas en principios racionales, donde el consenso y la adscripción a determinadas organizaciones, proyectos o liderazgos se realice a partir de argumentaciones coherentemente sostenidas, es decir, donde la aceptación de una cierta propuesta se justifique principalmente por la consistencia interna del discurso. Sin la presencia de un componente crítico, corre, además, el riesgo de convertirse en manipulación.

En tal horizonte, Manuel García Pelayo menciona de manera concreta el caso del fascismo, que se propuso “fabricar” mitos políticos o transformar en tales ideas de otro orden, a fin de utilizarlos técnicamente como vías de integración política. Por supuesto, una creación racional y deliberadamente calculada para lograr un objetivo no es, propiamente hablando, un mito, pero sí opera como tal respecto a la masa a la que va dirigido.²⁸

dad real de la eliminación física. La guerra deriva de la hostilidad puesto que es la negación absoluta de otro ser”. Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Folios Ediciones, México, 1985, pp. 24 y 30.

²⁸ Manuel García Pelayo, *Los mitos políticos*, op. cit., p. 65.

Por supuesto, la manipulación de la masa incrementa sus posibilidades de éxito mientras menos centros de decisión institucional existen. En tanto el ideal del grupo se juegue íntegro en la sola figura del líder carismático, y todas sus expectativas giren en torno a una propuesta de carácter absoluto, la dependencia, sumisión y pasividad prevalecerán como rasgos fundamentales de su cultura política.

Los lazos que unen a la masa con el líder son de tal naturaleza que en la práctica niegan constantemente la capacidad de las mayorías para problematizar su realidad y decidir por cuenta propia, de manera que la distancia que separa a los que fungen como detentadores de la verdad de aquellos que son sus seguidores, aumenta en vez de reducirse. Dentro de la estructura mítica, la masa difícilmente llega a cuestionar el papel subordinado que juega, pues el vínculo que la liga al centro de mando es la confianza absoluta en su poder y clarividencia.

Sabemos, gracias a las enormes aportaciones de la teoría psicoanalítica de Freud, que esta relación es, sobre todo, una relación de amor, esto es, una relación donde la idealización juega un papel fundamental,

haciéndola en gran medida indiferente a la escasa racionalidad argumentativa que marca su contenido.²⁹

En este marco, la posición del guía es irrefutable, y su palabra adquiere la fuerza del mandato. Sobre todo cuando de su obediencia depende la salvación del grupo o la realización de la utopía, cosa que no admite vacilaciones, ambigüedades o soluciones intermedias. Es aquí donde se dejan ver con claridad las limitaciones del orden mítico para la construcción de una cultura política propositiva, en la que los problemas se planteen y diriman en ámbitos localizados y diversos, de manera que la lucha no aparezca como una confrontación final y decisiva sino como una práctica cotidiana con objetivos visibles y alcanzables.

²⁹ El atractivo de la obra freudiana para disciplinas como la sociología y la ciencia política radica en la riqueza de sus sugerencias para plantear desde un ángulo distinto algunos de sus temas tradicionales: el liderazgo y el carisma, la autoridad, las creencias religiosas y su institucionalización y, en general, la estructura y funcionamiento de cuerpos ideológicos cohesionadores desde los cuales se establecen las directrices de la acción colectiva. En síntesis, cuestiones que atañen directamente a la gran problemática del poder, trabajada desde una perspectiva generalmente poco atendida en los estudios politológicos: la constitución de la subjetividad y sus efectos sociales.

A este respecto sería conveniente recordar que ahí donde existen incertidumbres sociales, donde hay desconfianzas generalizadas, ahí donde el Estado ha dejado de cumplir con sus funciones básicas, es mucho más probable que esta dimensión de las identidades políticas, que tiene que ver con la pasión, las emociones, con la presencia de líderes carismáticos, con creencias acríicas o con movimientos fanáticos, aparezca como un elemento determinante de la acción política y tienda a desplazar el elemento racional de la conducta. A propósito de ello, Max Weber ha afirmado que “la estructura carismática no presenta ningún procedimiento ordenado para el nombramiento o sustitución; no conoce ninguna autoridad a la que se pueda apelar [...] El carisma conoce solamente determinaciones internas y límites propios [...] y exige obediencia y sumisión en virtud de su misión”.³⁰

En este sentido, la pregunta proveniente del enfoque clásico de la cultura política acerca de qué componentes predominan en ella, si los propiamente racionales y cognoscitivos, o los elementos de carácter mucho más afectivo y emotivo, deviene una pregunta central,

³⁰ Max Weber, *Economía y sociedad*, FCE, México, 1944, p. 848.

pues tiene implicaciones de primer orden en la manera en que se establece la relación entre gobernantes y gobernados. Ello, evidentemente tendría que obligar, ya en el plano de la intervención política e institucional, a pensar y desarrollar estrategias de carácter diferenciado para tratar de apuntalar la base cultural de la democracia. Por su importancia, volveremos sobre esta cuestión específica más adelante.

Por ahora, baste decir que el cuestionamiento de la concepción de la política como enfrentamiento radical, tan cargada siempre de pasión y fanatismo, implicaría fomentar una sensibilidad y un trato políticos que permitieran plantear tanto consensos como conflictos puntuales, sobre la base de la aceptación de la pluralidad y de la negación de la política como juego de suma cero, lo que nos conduce directamente al siguiente punto.